

CAPITULO LX.

SUCESOS NOTABLES DE LA GRECIA Y DE SICILIA, DESDE EL AÑO 537
HASTA EL DE 534 ANTES DE J. C. EXPEDICION DE DION.
JUICIO DE LOS GENERALES TIMOTEO E IFICRATES.
FIN DE LA GUERRA SOCIAL. PRINCIPIO DE
LA SAGRADA.

Dije mas arriba *, que desterrado Dion de Siracusa por el rey Dionisio, su sobrino y cuñado, se habia determinado por fin á librar á su patria del yugo que la oprimia. Saliendo de Atenas, partió para la isla de Zacinto, punto de reunion de las tropas que juntaba algun tiempo habia,

* Véase el capítulo xxxiii de esta obra.

donde encontró tres mil hombres venidos los mas del Peloponeso, todos de valor experimentado, y de un arrojo superior á los peligros; pero todavía ignoraban su destino, y cuando supieron que iban á acometer á una potencia defendida con cien mil hombres de infantería, diez mil de caballería, cuatrocientas galeras, plazas muy fuertes, riquezas inmensas y alianzas temibles, no vieron en la empresa proyectada mas que la desesperacion de un desterrado que lo quiere sacrificar todo á su venganza. Dion les hizo presente que no iba contra el imperio mas poderoso de la Europa, sino contra el mas despreciable y debil de los soberanos. « Por lo demas, añadió, yo no necesito soldados, porque « en breve estarán á mis órdenes los de Dionisio; « y solo busco caudillos que les den ejemplo de « valor, y lecciones de disciplina. Estoy tan « cierto de la revolucion y de la gloria que de « ella ha de resultarnos, que aun cuando supiera « perecer en llegando á Sicilia, me tendria por « feliz de haberos llevado allá. »

Con estos discursos se habian sosegado los ánimos, cuando un eclipse de luna volvió á sobresaltarlos*; bien que se apaciguaron otra vez

* Este eclipse sucedió en 9 de agosto del año 537 antes de J. C.

Esta nota puede mirarse como continuacion de la que puse

tanto con la entereza de Dion, como con la respuesta del adivino del ejército, que consultado sobre este fenómeno, declaró que el poder de Dionisio, rey de Siracusa, estaba próximo á eclipsarse. Al punto se embarcaron hasta ochocientos soldados, debiendo salir despues las demas tropas al mando de Heráclides. Dion no tenia mas que dos naves de carga, y tres embarcaciones mas ligeras, provistas todas abun-

mas arriba sobre los viages de Platon, y corresponde al capítulo xxxiii de esta obra.

Plutarco observa que Dion iba á salir de Zacinto para Sicilia, cuando las tropas se asustaron por un eclipse de luna. Esto era, dice, en el rigor del verano. Dion gastó doce dias en llegar á las costas de Sicilia; al trece, habiendo querido doblar el promontorio Paquino, sufrió una recia tempestad; porque, añade el historiador, esto era al salir el arturo. Se sabe que en la época de que se trata, el arturo comienza á aparecer en Sicilia á mediados de nuestro setiembre. Así, segun Plutarco, Dion salió de Zacinto á mediados de agosto.

Por otra parte Diodoro de Sicilia pone la expedicion de Dion en el arcontado de Agatocles, quien entró en el empleo al principio del año cuarto de la olimpiada ciento y cinco, y por consiguiente en el 27 de junio del año 537 antes de J. C.

Segun los cálculos que M. de la Lande ha tenido la bondad de comunicarme, el dia 9 de agosto del año 537 antes de J. C. sucedió un eclipse visible de luna en Zacinto. Este pues es el mismo de que habló Plutarco, y tenemos pocos puntos cronológicos tan ciertos y seguros como este. Debo advertir, que M. Pingré ha fijado el tiempo medio del eclipse del 9 de agosto á las siete menos cuarto de la tarde. Véase la cronología de los eclipses en el tomo XLII de las *Mem. de la Academ. de bellas letras*, hist., pág. 150.

dantemente de municiones de guerra y boca.

Esta flotilla fué arrojada por una tempestad violenta hácia las costas de Africa contra unas rocas, en donde estuvo á pique de estrellarse; pero al fin llegó al puerto de Minoa, en la parte meridional de la Sicilia, plaza fuerte, perteneciente á los Cartagineses; en la que el gobernador, por ser amigo de Dion, y acaso tambien por fomentar las turbulencias que podrian ser útiles á los intereses de Cartago, se adelantó á socorrer las necesidades de las tropas, que venian fatigadas de tan penosa navegacion. Dion queria darles el descanso de que necesitaban; pero habiendo sabido que Dionisio se habia embarcado algunos dias antes para Italia, suplicaron á su general que las llevase cuanto antes á Siracusa.

Entre tanto se esparció rápidamente en toda Sicilia, la noticia de su llegada, y la llenó de sobresalto y de esperanza. Pónense á sus órdenes los de Agrigento, los de Gela y Camarina: acuden en tropel los de Siracusa y los de los campos vecinos. Dion reparte á cinco mil de ellos las armas que traia del Peloponeso. Los principales habitantes de la ciudad, vestidos de blanco, le reciben á las puertas de la capital, y entra al frente de sus tropas, que marchan en silencio, siguiéndole cincuenta mil hombres, que hacian resonar los aires con su algazara. Al

sonido de las trompetas, cesa el vocerío, y el heraldo que iba delante, anuncia que Siracusa está libre, y destruida la tiranía. A estas palabras corren lágrimas tiernas de los ojos de todos, y no se oye mas que una mezcla confusa de clamores penetrantes, y de votos dirigidos al cielo: el incienso de los sacrificios humea en los templos y en las calles: el pueblo enagenado con exceso de sus afectos, se postra ante Dion, le invoca como á una deidad benéfica, y no pudiendo saciar su alegría, se arroja furioso sobre la casta odiosa de espías y delatores, de que estaba inundada la ciudad, los apresa, se baña en su sangre, y estas escenas de horror aumentan la alegría general.

Dion continuaba su marcha augusta por entre las mesas, puestas á ambos lados de las calles. Llegado á la plaza pública, se para, y desde un parage elevado habla al pueblo, le presenta de nuevo la libertad, le exhorta á defenderla con teson, y le suplica encarecidamente, que no ponga al frente de la república sino á gefes capaces de gobernarla en circunstancias tan críticas. Nómbranle á él y á su hermano Megacles; mas por brillante que fuese la autoridad que se les queria conferir, no la aceptaron sino con la condicion de que se les asociarian veinte de los principales vecinos de Siracusa, los mas de los cuales habian sido proscriptos por Dionisio.

Informado este principe, algunos dias despues, aunque tarde, de la llegada de Dion á Siracusa, fué allá por mar, y entró en la ciudadela, al rededor de la cual habian hecho un muro que la tenia bloqueada. Al punto envió diputados á Dion, quien les mandó dirigirse al pueblo. Admitidos á la junta general, procuraron ganarle con propuestas lisonjeras. Disminucion de los tributos, exencion del servicio militar en las guerras emprendidas sin su aprobacion, todo lo prometia Dionisio; pero el pueblo exigia como condicion primera del tratado, la abolicion de la tiranía.

El rey, que estaba tramando una perfidia, prolongaba la negociacion, é hizo correr la voz de que consentia en despojarse de su autoridad: al mismo tiempo mandó venir los diputados del pueblo, á quienes no dejó irse en toda aquella noche, y ordenó hacer una salida al amanecer. Los bárbaros que componian la guarnicion, acometieron el muro que cercaba la ciudadela, demolieron una parte, y rechazaron las tropas de Siracusa, que confiadas en una composicion próxima, se habian dejado sorprender.

Convencido Dion de que la suerte del imperio pendia de esta fatal jornada, no vió otro recurso para animar sus tropas intimidadas, que llevar el valor hasta la temeridad; y así, llamándolas desde el medio de los enemigos, no con

la voz, que no estaban para oír, sino con su ejemplo, que las dejó atónitas, y dudaban imitar, se arrojó solo por entre los vencedores, tendió por el suelo á muchos, hasta que al fin le hieren, cae en tierra, y le sacan los soldados siracusanos, cuyo valor habia revivido, y dado al suyo nuevas fuerzas. Monta luego á caballo, junta los fugitivos, y con la mano que tenia pasada de una lanza, les enseña el campo fatal, que en aquel mismo momento iba á decidir de su esclavitud ó de su libertad: vuela sin detenerse al campo de las tropas del Peloponeso, y las lleva al combate. Cansados ya los bárbaros, empezaban á ceder, y al fin van á ocultar su ignominia en la ciudadela. Los Siracusanos repartieron cien minas* á cada uno de los soldados extranjeros; y estos acordaron unánimes dar una corona de oro á su general.

Al ver esto, conoció Dionisio que no podria triunfar de sus enemigos sino desuniéndolos; y así resolvió hacer sospechoso á Dion con el pueblo, valiéndose de los mismos ardidés que habia usado en otro tiempo para denigrarle; y este fué el origen de aquellos rumores que hacia esparcir por Siracusa; de aquellas marañas y desconfianzas con que agitaba las familias; de aquellas negociaciones insidiosas, y de aquella

* Nueve mil libras: (33,329 rs. vn.)

correspondencia funesta que mantenía ya con Dion, ya con el pueblo. Todas sus cartas se comunicaban al congreso general. Un dia se halló una que tenia este sobre: *A mi padre*. Los Siracusanos, creyendo que seria de Hiparino, hijo de Dion, no se atrevieron á abrirla; pero lo hizo el mismo Dion. Habia previsto Dionisio, que si se negaba á leerla en público, daría lugar á la desconfianza, y que si la leía, inspiraría el temor. Esta carta era del mismo puño del rey, quien con particular artificio declaraba en ella todos los motivos que debían empeñar á Dion á separar sus intereses de los del pueblo. Decíale que su esposa, su hijo y su hermana estaban encerrados en la ciudadela; y que podia tomar en ellos una venganza que sirviese de escarmiento. Tras estas amenazas, venían quejas y ruegos igualmente capaces de mover un alma sensible y generosa; pero el veneno mas activo estaba encubierto en las palabras siguientes: «acordaos del cielo con que defendisteis la tiranía cuando estabais á mi lado. En lugar de dar la libertad á unos hombres que os aborrecen, porque se acuerdan de los males de que habeis sido autor é instrumento, guardad el poder que os han confiado, como que es lo único que os puede salvar á vos, á vuestra familia, y á vuestros amigos.»

No hubiera sacado Dionisio tanto fruto de ha-

ber ganado una batalla, como sacó de esta carta. Dion quedó á los ojos del pueblo, en la estrecha obligacion de avenirse con el tirano, ó de ocupar su lugar; y desde este momento debió vislumbrar que iba á perder su reputacion; porque en empezando á decaer la confianza, pronto queda deshecha.

En este intermedio llegó la segunda division del ejército del Peloponeso, mandada por Heráclides, quien gozando de mucha consideracion en Siracusa, no parecia destinado sino á aumentar las turbulencias del Estado. Su ambicion formaba proyectos, sin que su ligereza le permitiese continuarlos: hacia traicion á todos los partidos, sin consolidar el triunfo del suyo, ni lograr otra cosa que multiplicar enredos inútiles á sus miras. Antes sometido á los tiranos habia ocupado con distincion los empleos primeros del ejército: despues se habia unido con Dion, se habia separado de él, y vuelto á reunirse. Verdad es, que aunque no tenia ni las virtudes, ni el talento de este hombre grande, le aventajaba en el arte de ganar las voluntades. Dion las enagenaba con su recibir frio, y con lo severo de su aspecto y de su razon; sin que bastase el haberle exhortado sus amigos á que se mostrase mas afable y accesible; ni lo que Platon le decia en sus cartas, que para ser util á los hombres, era preciso antes agradarles. He-

ráclides, mas tratable, y mas indulgente, porque no habia cosa sagrada para él, ganaba á los oradores con sus liberalidades, y á la muchedumbre con sus lisonjas. Habia esta resuelto echarse en sus brazos; y en la primera junta le dió el mando de las armadas. A cuyo tiempo llegó Dion, quien habiendo hecho presente que aquel nuevo cargo era un desmembramiento del suyo, obtuvo la revocacion del decreto, y lo hizo confirmar despues en otra junta mas regular, convocada al intento por su diligencia. Ademas de esto, hizo que se añadiesen algunas prerogativas á la plaza de su rival, y se contentó con reconvenirle privadamente.

Heráclides hizo por parecer agradecido á este generoso procedimiento; y mostrándose solícito y servil al lado de Dion, se adelantaba á descubrir sus intenciones, y ejecutaba sus órdenes con el esmero del agradecimiento, al mismo tiempo que hacia diligencias en secreto, para oponer á sus designios obstáculos invencibles: si proponia Dion algun medio de composicion con Dionisio, le imputaban el estar de acuerdo con este príncipe; y si dejaba de proponerlo, decian que deseaba eternizar la guerra, á fin de perpetuar su autoridad.

Estas acusaciones absurdas se divulgaban con mas ahinco, despues que la flota de los Siracusanos puso en huida á la del rey, mandada por

Filisto *. Habiéndose estrellado en la costa la galera de este general, tuvo la desgracia de caer en manos de un populacho irritado, que le trató bárbaramente antes de ajusticiarle, hasta el punto de arrastrarle ignominiosamente por las calles. La misma suerte hubiera tenido Dionisio, si no hubiera dejado la ciudadela á su hijo Apolócrates, y hallado medio de huir á Italia con sus mugeres y tesoros. Finalmente, Heráclides, que en calidad de almirante debiera oponerse á su fuga, viendo que los moradores de Siracusa estaban enconados contra él, tuvo maña para hacer que recayese la tempestad sobre Dion, proponiendo repentinamente la repartición de tierras.

Esta propuesta, manantial eterno de discordias en muchos Estados republicanos, la recibió con ansia la muchedumbre, que ya no ponía límites á sus pretensiones. La resistencia de Dion excitó un motín, y borraró en un instante la memoria de sus servicios; y así resolvieron, que se procediese al repartimiento de tierras; que se reformasen las tropas del Peloponeso, y que la administracion de los negocios se confiase á veinte y cinco magistrados, entre los cuales nombraron á Heráclides.

Solo pues faltaba deponer y condenar á Dion;

* En el arcontado de Elpines, que corresponde á los años 556 y 555 antes de J. C.

y temiendo á las tropas extranjeras que le acompañaban, intentaron seducirlas con promesas magnificas; pero estos valerosos soldados, que se sentian agraviados, por haberles privado de su sueldo, y recibian afrenta en creerlos capaces de hacer traicion, pusieron en medio de ellos á su general, y atravesaron la ciudad, perseguidos y acosados de todo el pueblo, sin responder á los ultrajes, mas que con echarles en cara su ingratitude y su perfidia, mientras Dion se valia de las súplicas, y de las demostraciones de cariño para aplacarlos. Avergonzados los Siracusanos de haberle dejado escapar, intentaron inquietarle en su retirada, enviando tropas, que se pusieron en huida al punto que Dion dió la señal del combate.

Retiróse pues al territorio de los Leontinos, quienes no solamente tuvieron por grande honra el admitirle, igualmente que á sus compañeros, en el número de sus ciudadanos; sino que además con noble generosidad determinaron proporcionarle una satisfaccion pública; á cuyo efecto, despues de haber enviado embajadores á Siracusa, para quejarse de la injusticia cometida contra los libertadores de la Sicilia, y recibido á los diputados de Siracusa, que vinieron á acusar á Dion, convocaron sus aliados, y se ventilo el asunto en la dieta, donde unánimemente fué desaprobada la conducta de los Siracusanos.

Pero ellos en lugar de conformarse con aquella decision, andaban gloriándose de haberse librado á un mismo tiempo de dos tiranos que los habian oprimido sucesivamente; y todavia creció su alegría, con motivo de haber llevado alguna ventaja á las naves del rey, que vinieron á meter en la ciudadela provisiones, y algunas tropas, mandadas, por Nipsio de Nápoles.

Este habil general creyó haber llegado el momento de subyugar á los rebeldes, porque fiados en sus débiles ventajas, y aun mas en su insolencia, los Siracusanos habian roto todos los vínculos de la subordinacion y decencia; y así disipaban sus dias dándose á excesos en el comer y beber, y sus gefes se abandonaban á los desórdenes que ya no podian remediarse. Salió pues Nipsio de la ciudadela, derribó el muro con que la habian circundado otra vez, y apoderándose de un barrio de la ciudad, lo entraron á saco. Las tropas de Siracusa fueron rechazadas, degollados los habitantes, sus mugeres é hijos cargados de cadenas, y llevados á la ciudadela. Entonces se juntan, y deliberan tumultuariamente; pero el terror habia pasmado los ánimos, y la desesperacion no encontraba ningun recurso, cuando se oyeron algunas voces, proponiendo que se llamase á Dion y á sus tropas. Al punto lo pide el pueblo á gritos: « ¡ que venga! ¡ que nos le traigan los dio-

« ses! ¡ que venga á inflamarnos con su valor! »

Los diputados que se nombraron, hicieron tal diligencia, que llegaron adonde estaba Dion en aquel mismo dia; y arrojándose á sus pies, con lágrimas en los ojos, le enternecen con la pintura de los males que sufre su patria. Introducidos ante el pueblo, los dos principales embajadores, suplicaron encarecidamente á los circunstantes, que salvaran una ciudad, demasiado digna de su odio, y de su compasion.

Luego que acabaron, reinó un silencio profundo en todo el congreso. Quiso Dion romperle, mas las lágrimas no le dejaron hablar; y así animado por sus tropas, que tomaban parte en su dolor, dijo: « guerreros del Peloponeso, y vosotros, fieles aliados, á vosotros os toca deliberar sobre lo que os pertenece; pues por lo que á mi hace, no me queda libertad en la eleccion. Siracusa va á perecer, yo debo salvarla, ó sepultarme entre sus ruinas; y así colocándome entre sus diputados, añado: fuimos los mas imprudentes, y somos los mas infelices de los hombres. Si nuestros remordimientos os mueven, daos prisa á socorrer una ciudad, que salvasteis ya otra vez; pero si solo atendeis á nuestras injusticias, ¡ puedan á lo menos los dioses premiar el celo y la fidelidad, de que me habeis dado pruebas tan afectuosas; y no olvideis jamas á aquel Dion que no os abandonó

« cuando su patria era culpable, y no la abandonas, cuando es desgraciada! »

Iba á proseguir ; pero todos los soldados enternecidos, exclamaron á una voz : « ¡ poneos á nuestro frente, y vamos á libertar á Siracusa ! » Los embajadores penetrados de alegría y de gratitud, se arrojaron á su cuello, y bendijeron mil veces á Dion, quien no dió á sus tropas mas tiempo que para tomar algun alimento.

Apenas se puso en camino, cuando se encontró con nuevos diputados, que le instaban unos á que acelerase su marcha, y otros á que la suspendiese. Los primeros hablaban á nombre de la parte mas sana de los ciudadanos, y los segundos á nombre de la faccion opuesta. Es el caso, que habiéndose retirado los enemigos, volvieron los oradores á sembrar la discordia en los ánimos. Por una parte el pueblo acalorado con estos clamores, habia resuelto no deber su libertad mas que á si mismo, y tomar las puertas de la ciudad, para excluir todo socorro extranjero ; por otra, las gentes sensatas, amedrentadas de presuncion tan loca, solicitaban vivamente el regreso de las tropas del Peloponeso.

Dion creyó que no debia ni detenerse ni apresurarse ; y así caminaba lentamente hácia Siracusa, y se hallaba de ella á sesenta estadios *.

* Cerca de dos leguas y cuarto : (cerca de 2 leguas de España).

cuando vió llegar correos tras correos de todos los partidos, de todas las clases de ciudadanos, y hasta del mismo Heráclides, su mas cruel enemigo. La causa de esto era que los sitiados habian hecho una nueva salida, dándose unos á acabar de destruir el muro de circunvalacion ; otros, como tigres irritados, se arrojaban sobre los habitantes, sin distincion de edad ni de sexo ; y otros, en fin, para oponer una barrera impenetrable á las tropas extranjeras, lanzaban tizones y dardos encendidos en las casas inmediatas á la ciudadela.

A esta nueva, Dion precipita su marcha, descubre ya los torbellinos de llamas y humo que subian por los aires, oye los insolentes gritos de los vencedores, y los alaridos lamentables de los habitantes : al fin se presenta, y su nombre resuena en todos los barrios de la ciudad : el pueblo se postra delante de él, y los enemigos atemorizados se ordenan en batalla al pie de la ciudadela ; eligiendo este puesto para que los defendiesen los escombros casi inaccesibles del muro que habian destruido, y mas todavía aquella espantosa cerca de fuego, que les habia proporcionado su furor.

En tanto que los Siracusanos prodigan á su general las mismas aclamaciones, los mismos títulos de salvador y de dios, con que lo recibieron en su primer triunfo, sus tropas divididas